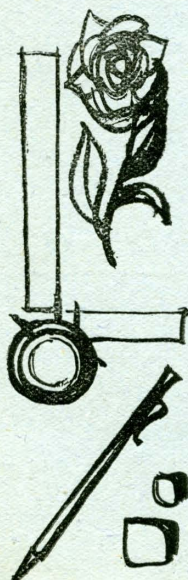


Cuando hablan los Arquitectos

Juan A. Gaya Nuño, Critico de arte



Por supuesto que todos los gremios hablan de sus actividades profesionales. Seguro que hablan, bien dicen y maldicen, pero del modo menos provechoso posible y en la proporción más varia. Los escritores, duchos en armamento dialéctico, no suelen rehuir el diálogo más o menos público. Los artistas, en general sobrados de orgullo y con poca provisión del dicho armamento, procuran evitarlo. Pero una parte de ellos, los arquitectos, acaban de inaugurar el diálogo crítico de una manera sistematizada y, a juicio nuestro, de fecundísima trascendencia. Podrá ser cierto que tal postura proceda de una formación técnica y racional cual es la que los moldea. Verdad. Pero no menor verdad la de que en esta postura va inserta una honradez que pudiéramos llamar extraartística cuando, precisamente, el arquitecto es mucho más artista que en ninguno de los momentos posteriores a 1844, fecha fundacional de la Escuela de Arquitectura. Como nunca, desde entonces, se han acercado dos criterios: el del profesional, deseoso de reinstalar su creación en el cercado de las Bellas Artes, y el del espectador, inclinado a considerar un edificio reciente con las mismas normas con que comenta la escultura o pintura vistas en la última Exposición. Naturalmente, al personaje intermedio entre ambos, al crítico, se le ha de hacer la justicia de haber procurado a toda costa tal unidad de entendimiento, ausente durante más de un siglo español.

Si echamos las campanas al vuelo no es sin causa merecida, sino por un hecho que se ha venido produciendo en los últimos años, y que es de esperar continúe en la temporada que ahora comienza. Nos referimos a las Sesiones de Crítica de Arquitectura, organizadas por el director de la REVISTA NACIONAL DE ARQUITECTURA, Carlos de Miguel, y con amplio eco en esta publicación. Hemos asistido a casi todas las celebradas la temporada pasada, y es posible dar fe de su interés, autenticidad y alto nivel, derivado todo

ello del honrado mecanismo que a continuación se expone. La sesión tiene lugar en un salón del último piso del edificio del Círculo de Bellas Artes, o, mejor y más deseablemente, en el edificio reciente y todavía húmedo, el sometido a la crítica. En el primer caso, el arquitecto que se presta a hacer de reo inculcado despliega sus planos, alzados y maquetas o proyecta una serie de dispositivas; en el segundo caso, el edificio queda invadido por los arquitectos colegas para observar *in situ* cualquier modalidad estética, técnica o práctica de lo construido para fundamentar su intervención. No resulta secreto proclamar que no todos los creadores de obras recientes han permitido fuera sacada a público debate su construcción. Se trata, naturalmente, de que haya acuerdo entre el director de las Sesiones de Crítica y el responsable del proyecto. De aquí que parezca doblemente digna de elogio la actitud de quienes acceden a mostrar sus proyectos o maquetas y defenderlos de posibles censuras. Aun hay que añadir que asisten a las sesiones extraños al gremio, críticos y estéticos, cuya intervención es francamente solicitada.

La elección del tema a enjuiciar ya presupone singularidad; las más de las veces por su bondad intrínseca; otras, porque en su concepto o realización se deslizó algún factor discutible en tal o cual sentido. Pero también puede ser puesta a discusión una modalidad que se supone peligrosa para la salud de nuestra arquitectura, según aconteció con el tema de los rascacielos. En fin, se trata de proporcionar variedad a las sesiones, variedad conseguida en los coloquios de la pasada temporada; a saber: en septiembre, discusión sobre el estadio de Chamartín; en octubre, sobre la iglesia de los Dominicos, de Valladolid; en diciembre, sobre los rascacielos; en enero, sobre la sede de la nueva Embajada de los Estados Unidos; en febrero, sobre una capilla en el camino de Santiago, proyecto que comentamos a su debido tiempo; en marzo, sobre los plásticos en la

construcción, y en mayo, sobre la arquitectura y la III Bienal Hispanoamericana de Arte.

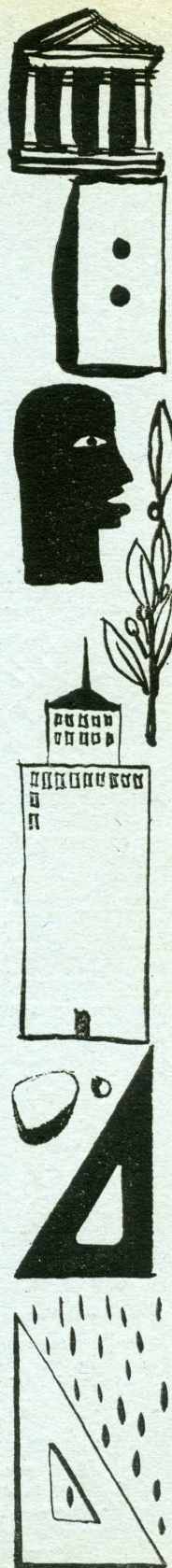
Temas todos ellos vivos, candentes, abordables de mil maneras, pero casi siempre destinados a provocar la cuestión batallona, la de cuál debe ser la estética dominante en la arquitectura española del siglo. Tan vital y preferente es, respecto de cualquier otra, esta disyuntiva, que, una vez planteada o rozada, cualquier otra consideración pierde actualidad, carne y sangre. Surge el coloquio, se aguza la expresión y se academizan y universitarizan las ideas cruzadas. El presidente de las Sesiones de Crítica de Arquitectura conoce perfectamente a sus compañeros y les va marcando el uso de la palabra de acuerdo con el ritmo de la discusión y las sabidas preferencias de cada uno de los interlocutores.

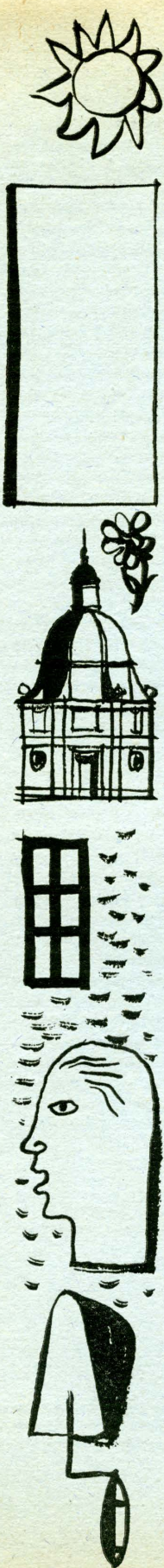
Respecto de los cuales lo primero que observa el invitado es ambiente de camaradería amistosa, plena de sencillez y buena fe, de absoluto deseo de entenderse. Casi pudiéramos decir que se palpa una cordialidad profesional mayor que la que puede relacionar a los pintores o escultores. Pero no se dice por qué la sala en que se desarrollan las sesiones no suele albergar sino a treinta o cuarenta arquitectos, una minoría dentro de los que componen el Colegio de Madrid. Sin embargo, esta minoría atenta, compuesta de hombres con la carrera recién terminada, de veteranos con muchos planos realizados, y hasta de algún anciano que sigue el desarrollo de todo el curso con vigilancia admirable, consuela en cuanto al próximo porvenir de la arquitectura española. Se trata de los arquitectos que no piensan sólo en los honorarios, sino en la tremenda responsabilidad que a todos impone la necesidad de que la fisonomía de nuestras ciudades responda a los mediados del siglo xx, con la dignidad que Juan de Herrera imprimió a su siglo xvi o Juan de Villanueva a su siglo xviii. Porque sin duda tienen presentes estos claros ejemplos que, no obstante, están muy lejos de ensoberbecerlos. No mencionaré nombres actuales; pero, como conjunto profesional, creo que estos excelentes arquitectos madrileños de hoy poseen una sencillez, una humildad gremial nada frecuentes en otros sectores de la plástica,

y todo ello, oculto hasta ahora tras la realidad un poco anónima del hormigón armado, produce una sensación perfectamente optimista. Es grato proclamarlo, como contribuir a otorgar al arquitecto español—al que lo merezca, naturalmente—una nombradía extensa que, se ignora por qué oculta razón, no suele trascender a la masa. Ciertamente que, para discernir estos premios, tal masa tiene que interesarse por la arquitectura. Quizá todo se vaya logrando, y no cabrá pequeña responsabilidad a esta joven institución de las Sesiones de Crítica de Arquitectura. Por lo menos, señala un buen camino.

* * *

Por fortuna, no todos los arquitectos que participan en las Sesiones de Crítica comparten comunidad de ideario estético o urbanístico. Ello no sería natural ni tampoco deseable, ya que entonces no cabrían discusión ni coloquio. Ya se ha dicho, son muy varias las edades de los participantes, esto es, reflejo de muy diversas épocas dentro de las orientaciones de nuestro siglo; de aquí la complejidad de posturas que tienden a coincidir en una disección y depuración de lo que debe ser hecho y lo que debe ser evitado. Los temas discutidos durante el pasado curso han sido suficientemente ilustrativos de los principales matices en juego. Se dirá, en principio, que las diferencias de años aludidas no comportan pluralidad de criterios sino en mucha menor medida que otras realidades que imprimen carácter por una cierta sumisión o independencia con respecto a los destinos que hacen nacer a los edificios. En razón de esa independencia suele crecer el acierto del arquitecto. Y las más notables voces escuchadas en las discusiones pertenecieron a los que, defendiendo lo suyo o censurando lo ajeno, habían aportado mandato novecentista a una construcción bien peligrosa en manos de quienes se hubieran plegado a un mandato sin tiempo. ¿Novecentismo en la arquitectura? Sí, articulación, ingenio, adhesión al terreno, aprovechamiento de planos sucesivos, aire y luz, espacio, función de las partes para servir al todo, atención a lo popular, odio a la aglomeración horizontal o vertical, orga-





nización racional, desprecio por la ornamentación falsa y superflua, afirmación de libertad moduladora contra la adscripción a cualquier tiranía preceptiva, sea cual fuere su ilustre abolengo. Tampoco hay plegado acatamiento a ningún esquema oficiosamente internacional de arquitectura nueva, sino el necesario eclecticismo traído por el cada día mayor estrechamiento de distancias entre España y el mundo. Es, pues, bien normal que los nombres de Le Corbussier o de Frank Lloyd Wright pesen mucho más en el trabajo de nuestros arquitectos que Viñola o Palladio; que un hangar de aviación por Wachsmann deje concebir mucha más fecundidad viva que una capilla del gótico florido; o que se trace un aparcamiento de vehículos con cuidado semejante al que hacía a Le Nôtre calcular el área de sus jardines. Con toda la dosis que en buena lid quepa a lo tradicional, y por mucho que pueda serlo el arquitecto, la proporción de técnica novísima que integre su actividad ha de obligarle a ser hijo de su siglo.

Hijo de su siglo, lo cual equivale, al menos para los ojos de este profano, al siguiente y considerable triunfo. Si el arquitecto fué durante no pocos siglos artista en tanto grado como lo eran el pintor y el escultor, y hasta, a veces, simultaneando las tres técnicas, el siglo XIX, en su segunda mitad, le redujo a la categoría de ingeniero proyectista. Parece plenamente llegado el momento en que, sin abandonar esa ingeniería, cada día más compleja, más cimentada en inflexibles formularios, haya recuperado el anterior rango estético. Mucho me complació oírlo decir a uno de los más ilustres arquitectos españoles jóvenes en una de las jugosas Sesiones de Crítica: "¡Oh!, para manejar las tablas de cálculos de resistencia y torsión sobra con aparejadores y hasta con los mismos contratistas. Creo que nos compete a los arquitectos, cierto que muy lejos de descuidarlas, enfrentarnos con la creación de cosa bella." Por eso es por lo que un archiprofano de la construcción se encuentra como en casa propia en las Sesiones de Crítica de Arquitectura. Jamás se manejan tecnicismos, sin duda por demasiado familiares a los protagonistas de las controversias. El coloquio asciende a regiones de pura

estética del espacio compartimentado, y el espectador cree hallarse en una ideal academia apenas sin precedentes, academia de la que no hay duda está emergiendo el estilo anhelado.

Algo haría falta a esta institución valiosa y modesta de las Sesiones de Crítica de Arquitectura para que su labor alcanzase definitiva eficacia: una vulgarización de lo dicho en forma de boletines u hojillas condensadas de la mayor circulación posible. Porque aunque el resultado de los coloquios se publica fielmente en la REVISTA NACIONAL DE ARQUITECTURA, este apostolado no pasa de los círculos profesionales. Y es menester que el pueblo se entere de los esfuerzos que se realizan para preservar sus ciudades españolas de mala arquitectura y para dejar a los siglos venideros un legado monumental que no mueva a risa o a escarnio. Se objetará que si dicho pueblo no posee un criterio recto y elementalmente equilibrado en otras pruebas—escultura, pintura o música—que llama a su sensibilidad, es ambicioso esperar que lo haga funcionar frente a la arquitectura. Pero no compartimos esta idea. Quizá sea porque el enfrentarse con el edificio es acto cotidiano y repetido que no exige la mínima especialización volitiva de entrar en una exposición o en un concierto, el pueblo trata con harta más familiaridad a la arquitectura, y sus opiniones no están desprovistas de cierto buen sentido crítico. Así, por ejemplo, el rascacielos no gusta al pueblo. Podrá, en principio, halagar a su deseo de prosperidad y jactancia el hecho de ver alzarse una mole de varias decenas de plantas; pero razonamientos de orden utilitario, unidos acaso a otros de índole sentimental, vedan lo admirativo. Quizá no supiera razonarlo el hombre medio, el madrileño del montón; pero la verdad es que los rascacielos—los modestos rascacielos españoles, desde luego—no le agradan. Ahora bien: la ejemplarísima discusión que se desarrolló sobre este tema en una de las más interesantes Sesiones de Crítica de Arquitectura hubiera convencido absolutamente con su rechazo al hombre de la calle y le hubiera proporcionado una seguridad de que sin duda carece. Y no es asunto despreciable este de la participación—o, por lo menos, la atención y opinión—del pueblo en una mani-



festación que no sólo se dirige a su sensibilidad, sino—esto es para él más importante—a su comodidad. En el peor de los casos, en el más conformista, lo honesto es proporcionar a este pueblo la arquitectura más digna y de más sintética monumentalidad. Porque la monumentalidad sí la ambiciona la masa.

Otro ejemplo importante es el relacionado con el nuevo edificio de la Embajada de Estados Unidos. El coloquio que tuvo lugar en dicha casa el 27 de enero pasado fué una obra maestra de sinceridad y de buen deseo profesional, cuyo resultado hubiera debido llegar a conocimiento del público. Un prestigioso y más que maduro arquitecto y un su colega de los más jóvenes y audaces vinieron a coincidir, luego que hubieron pasado las censuras y elogios de carácter especializado, en la declaración de que, de modo normático y programático, era necesario aceptar y alabar el edificio, más que entre los del oficio, entre los extraños a él, por todo cuanto contenía de novedad, de ruptura de viejos moldes, de disposición racional y eficiente, de sensatez urbanística y, esto era lo más importante, de claridad y pureza de línea y volumen. Pero esta declaración tan sustancialmente orientadora tuvo escasa resonancia, como no se haya logrado posteriormente por iniciativa particular de cada uno de los convencidos que asistieron a la sesión. No obstante, pocas construcciones recientes han interesado tanto, mientras se gestó y armó, al ciudadano madrileño. El cual la ha alejado ya de su actualidad mental sin quedar nada seguro de si el edificio era todo lo revolucionario y original que se antojó en un principio. Y conste que no propugnamos una declaración dogmática sobre la bondad o maldad de cada construcción, sino un puñado de aclaraciones orientadoras, las que bien cabrían en nuestros diarios robando a la sección llamada deportiva un uno por ciento de su espacio.

Per lo menos, los amantes de la arquitectura, sus profanísimos amantes, tenemos esa luz orientadora y discutidora en las Sesiones de Crítica de Arquitectura. Que la conversación se llame discusión o coloquio, tanto da. Lo que importa es cambiar ideas y verdades particulares para construir una verdad general, claro está que no eterna, sino

circunscribible al área cronológica de estas nuestras generaciones de mediados del siglo, lo que no es poco.

Los que gustamos de teorizar buscando la historia en lo presente tenemos un tanto generalizado el vicio de procurar que se correspondan los períodos y que su transcurso quede bien netamente definido. Y no vale reírse de esta preocupación, so pena de que las risas sean generales dentro de unos cuantos siglos. O, acaso, dentro de unos pocos lustros. Y pocas materias tan delicadas a este respecto como la arquitectura, hecha con propósitos duraderos, eternos en principio. Materia delicadísima por toda la enorme complejidad de factores que la ponen en juego, a la cabeza de ellos el temible y terrible del dinero. La arquitectura se hace con dinero, pero es necesario que el poder creacional se le escape y que lo recupere plenamente el arquitecto, ahora que es absolutamente un artista, luego de muchos años de dimisión. Problema éste que merece un estudio detenido y serio.

Creo que estas fecundas Sesiones de Crítica de Arquitectura constituyen una buena invención, que debe quedar en institución orientadora. Hasta tanto que la arquitectura cuente con una atención diaria y escrita, esto es, escrita en diarios (no confundiéndola con el desaguisado municipal y otorgando el mismo rango al edificio considerable y reciente que al último concierto sinfónico), estas reuniones de arquitectos en el último piso del Círculo de Bellas Artes constituyen una realidad esperanzadora. Y, desde luego, un nobilísimo esfuerzo de profesionales honrados, que merecen esta pequeña propaganda por parte del más profano, pero mejor intencionado de sus amigos.

Artículo publicado en Insula, que por su cortesía reproducimos en estas páginas.